

## **El aprendiz del alquimista:**

Si viajas a Huesca quizá puedas encontrar un local de productos artesanales cuidado por un sabio anciano y un joven chico. El chico soy yo, y mi nombre es Lobo. Y el anciano es mi maestro, llamado José, que me adoptó de niño. Si estás muy, pero que muy atento (vamos, que necesitas unas gafas de rayos X hechas dentro de unos dos millones de años) existe la pequeñísima posibilidad de que des con un túnel secreto. Si lo atraviesas podrás ir a una gran casa con multitud de habitaciones, entre ellas un laboratorio de alquimista para preparar nuestras fórmulas. Hay es donde vivimos y donde mi perra Artemisa (de una raza poco conocida llamada `boyero de Berna´) vigila nuestro laboratorio.

Un día, cuando había acabado la jornada y ya estábamos descansando, vino María, una señora de la edad de mi maestro que comparte su sabiduría. Cuando abrimos la puerta entró a gritos como si el mismísimo Satanás se le hubiera presentado en su casa. José le preguntó qué pasaba:

-¿Te pasa algo, María? Cualquiera diría que te has pasado ocho horas viendo el precio de los ingredientes.

-¡Ha venido un nuevo alquimista a la ciudad!

-¿En serio? ¡Que bien! Habrá que prepararle una tarta de bienvenida

-¡El nuevo alquimista es Satán!

Cuando dijo esto, el alegre rostro de mi tutor se ensombreció. Yo no entendía por qué repentinamente el optimista anciano tenía el semblante más negativo que había visto en la vida. Por ello, lo pregunté:

-¿Por qué es tan grave?

-Verás Lobo, ese Satán es un gran enemigo mío, y su único objetivo es obtener la fórmula alfa- respondió mi maestro.

-Ya, parece malvado si quiere robar algo tan valioso como la fórmula alfa. A todo esto ¿que es la fórmula alfa?

-Guardada en nuestro laboratorio, con esta fórmula se puede crear un producto capaz de sanar cualquier herida y dar la inmortalidad. Es conocida como el elixir de la vida, pues con ella también se pueden crear hasta criaturas con arcilla.

Esto me desconcertó, pues no sólo no había oído hablar en la vida de un producto así, sino que además no sabía que en nuestro laboratorio había un secreto de tal magnitud.

Varios minutos después estábamos trabajando en una extraño líquido cuya fórmula era igual que nuestro producto estrella, una pócima que sanaba heridas, la cual vendíamos como una infusión, pero elaborada al revés.

-No acabo de entender por qué hacemos este brebaje- comenté yo.

-Para poder conseguir la fórmula alfa- me respondió mi maestro.

-Entonces, ¿la fórmula alfa es la receta de nuestra mejor pócima sanadora pero al revés?

-He dicho que con esta receta se puede acceder a la fórmula alfa, no que lo sea- fue lo que respondió mi maestro, dejándome sin entender nada.

Sin embargo, cuando acabamos la receta no pude haberlo tenido más claro. Después de acabarla, mi mentor abrió una ranura que nunca había visto, dentro había un cuenco donde mi maestro vertió la poción al revés (que conste que no se me ocurría un nombre mejor para llamarla sin hacer una muletilla). Acto seguido apareció una puerta secreta (por si alguien se lo pregunta, sí me estoy cansando de los secretos).

Dentro había un pergamino donde se podía encontrar un extraño código formado por letras griegas y jeroglíficos. Una vez descifré la fórmula, me di cuenta de que los componentes de la extraña receta eran algunos de los más raros. A pesar de que los teníamos todos, preparar eso nos podría llevar a la bancarrota, pues eran los

ingredientes más caros y difíciles de encontrar. Por ello me sorprendió el plan defensivo de José.

-Defenderemos la fórmula utilizando la pócima que produce.

-Pero, ¿no acabaremos con nuestras mejores existencias?- pregunté atónito.

-Bueno, de poco nos serviría tener nuestras reservas intactas, si la fórmula alfa cae en malas manos, pues se podría dominar fácilmente al mundo. Además, seguro que no nos costará nada recuperar los ingredientes perdidos- me respondió mi mentor, dejándome con la duda de como nos las arreglaríamos para recuperar los ingredientes..

En una hora, José estaba preparando la mezcla. María y yo estábamos revisando todos los brebajes y artilugios ancestrales que nos pudieran ayudar en la defensa: pócimas de veneno: unas bombas cegadoras, un garrote de medio metro (no era exactamente un amuleto mágico, pero desde luego era el más efectivo contra ladrones)...

Pero para cuándo a José sólo le quedaban unos minutos para terminar, un extraño hombre entró por la puerta. Tenía un gran tamaño (posiblemente efecto de algún producto), su cara era la pura maldad. Solamente tardé unos segundos en comprender que era Satán, el malvado alquimista del que me habían hablado. Yo sabía que teníamos que detenerle con la estrategia que habíamos decidido. María dio la señal para atacar:

-¡A la carga!- gritó ella lanzando un frasco donde se encontraba una pócima de color verde.

Cuando la botella impactó contra el temible enemigo, éste se tapó los ojos. El brebaje con el que la anciana había atacado producía una ceguera que duraba unos minutos. Yo aproveché para lanzar una pócima de fuego para dañar al malvado hombre, la señal para que Artemisa atacará. Hubo una épica batalla entre la perrita y el villano, pero cuando las llamas se extinguieron y la ceguera dejó de confundir a

Satán, el temible guerrero empezó a dominar la batalla. No había nada que pudiera hacer, pero entonces se oyó una voz:

-¡Ahora!- era mi maestro. Ya había acabado la fórmula, y había creado a un monstruo de piedra y a tres atrevidos luchadores de arcilla.

Creía que íbamos a ganar, sin embargo, Satán fue capaz de combatir a Artemisa y a los nuevos aliados. Entonces me di cuenta de que había sobrado, no sé porqué, un poco del producto de la fórmula alfa, y mi instinto me dijo lo que debía hacer. Cogí la poción, y la lancé a mi ejemplar de boyero de Berna, Artemisa. Está creció hasta adquirir dimensiones descomunales, y en menos de un segundo dejó a Satán fuera de combate. Después volvió a su estado normal.

- Entonces ¿Qué haremos con él?- pregunté a mi mentor. En ese momento, los aliados creados por José tenían inmovilizado a Satán.

- Le llevaremos al Ministerio de Alquimistas- respondió él.

-¿Otro secreto?

-No te lo puedo contar todo.

Ahora nuestro día a día está regido por la rutina normal, y no creo que tengamos problemas. Pero siempre tengo a mi alcance una vara, por si las moscas.

Y colorín colorado, esta historia ha acabado.

*Una historia escrita por Pepe García Sánchez*